

Antonio R. Romera

## Crítica de arte

En los meses de verano disminuye en forma ostensible la actividad artística. Por excepción es posible asistir a la apertura de una "muestra" en la cual las obras parecen bostezar, solitarias, en las salas abandonadas del público.

Es el tiempo en que los artistas preparan sus trabajos o —mejor— trazan sus planes. Muchos de ellos abandonan la ciudad y buscan en los campos motivos propicios para sus cuadros de un futuro cercano.

Todavía no se ha reflexionado debidamente sobre la importancia del período estival en una etapa de repentismo pictórico. Desde los impresionistas que abandonan el taller y van al aire libre, a la luz, que hacen del campo su tema favorito y pintan bañistas y árboles pomposos, desde ese tiempo epónimo —decimos— los días caniculares adquieren una importancia decisiva.

No se puede decir, pues, que en el verano disminuya la actividad. Ralean las exposiciones, sin duda, pero se suele pintar abundantemente. El crítico ha de esperar, sin embargo, la llegada de los meses en que las hojas se doran y cubran en seguida los paseos con una alfombra milagrosa.

Vamos a glosar algunos de los hechos artísticos dignos de quedar registrados en estas páginas.

\* \* \*

Desde París llegó una exposición ilustre. Nos referimos a la acogida en las amplias salas del Museo de Arte Contemporáneo en donde se mostró al público un conjunto importante de tapices, pinturas, cerámicas y grabados del pintor francés Jean Lurçat.

Lo que parece contar en este artista es su actividad como restaurador y renovador del tapiz. Jean Lurçat continúa así una tradición lejanísima enriquecedora desde los siglos antiguos de la tradición creadora gala. Actividad ésta en que se funden equilibradamente el rigor artesanal y la fantasía creadora.

Germain Bazin ha dicho con razón: "El arte de la tapicería en el que Francia había brillado durante tanto tiempo y que desde hacía dos siglos había caído en la degeneración, ofreció a Lurçat la ocasión de una experiencia total, la posibilidad de una recreación partiendo de la premisa primordial de toda operación artística: el oficio. Un estudio profundo de los caminos y medios llevó al artista a inventar nuevamente no sólo la técnica, sino la poesía de este arte que fué en la Edad Media el mensaje del cuento, de la leyenda, de la fábula".

Experiencia total, en efecto, pues estas síntesis parecen encerrar en forma concreta la armonía de distintas soluciones plásticas.

Es curioso observar de qué modo tan cabal el tapicero de Bruyères ha sabido incorporar al venerable arte las formas de la estética actual. Y ello sin renunciar a que el tapiz conserve las normas marcadas por los viejos artesanos góticos.

Tradición y modernidad, he aquí la fórmula de Lurçat.

Atrae en estas obras, sobre todo, la opulencia de la fantasía. Una fauna fabulosa, mítica y una flora barroca que se desborda, se entrelaza y constituye un universo vital y paradisíaco. Una imaginación desmesurada que no conoce fronteras, que mezcla la poesía a las visiones mostrencas y trae al contemplador las visiones de magia y la vida de un conjunto de seres fabulosos.

Destaca el color. Había en la exposición dos grupos de obras: la tapicería y las pinturas al óleo. Y conviene señalar en seguida un hecho que puede parecer extraño o paradójal.

Entre las pinturas y la tapicería, Lurçat, es más *pintor* en la segunda.

No es ni con mucho un pintor mediocre, pero es en cuanto al color, a su empleo, a su estilo, un pintor anémico, carente de vida, de ímpetu, un pintor tímido, medroso e indeciso que refleja, además, un número sobremanera abundante de influjos conocidos.

El cromatismo que falta en las telas pintadas abunda en el tapiz. La timidez de color se transforma en gallardía, audacia, vigor. Una valentía vibrante, una incontenible vitalidad da su claridad en esta clase de obras.

Jean Lurçat ha encontrado en ese viejo arte venido de los días medievales el territorio espiritual en que su capacidad puede explayarse sin freno ni contenciones.

Sus tapices no son imitación de la pintura, sino obras autónomas en las cuales lo pictórico, en admirable y definitiva adecuación a esa técnica, brilla por el sentido incomparable del color y por la gracia siempre mesurada, dentro de la fantasía del dibujo.

El verdadero pintor se halla, pues, ahí y no en el resto de las obras de otro género.

\* \* \*

En el Museo de Bellas Artes, en los días postreros de la temporada, se celebró una importante y completa exposición de óleos, témperas y grabados del pintor Carlos Faz, desaparecido cuando era una promesa de cercana y valiosa madurez.

La crítica exaltó unánime y entusiasta su labor marcada desde el comienzo por un poder creador singular.

Pero Faz, de quien con frecuencia nos hemos ocupado en estas páginas, plantea el problema de un destino incierto. Mucha

gente, contemplando las telas de la retrospectiva con perfecto asombro, decía: "¿Adónde hubiera llegado el pintor si la fatalidad no hubiera cortado cruelmente su carrera?"

Y en este interrogante parecía contenerse implícita la idea de que el arte es necesariamente un camino de perfección sucesiva y creciente.

¿Es así?

No negamos de que en el caso de Carlos Faz pudo producirse esa suerte de crecimiento. Pero la experiencia histórica no ha subrayado siempre tal idea. Se han dado casos de una preautra y súbita perfección que el correr de los años ha derrumbado. Pintores que comenzaron con impulso incontenible desaparecieron de la notoriedad en seguida y en plena juventud. La obra quedó trunca mientras el nombre del artista se hundía en el olvido.

Por contra, ha habido otros artistas que si hubieran fallecido a una edad media habrían quedado inéditos.

La historia —no muy abundante, por lo demás— nos ha transmitido la noticia de dos ejemplos, entre otros, eminentes. Uno de ellos Goya. Si don Francisco no hubiera traspasado la cincuentena su obra genial no sería lo que es. A los sesenta, a los setenta, a los ochenta, nos da este aragonés lleno de asperosidades, viril, sus telas más emocionantes y ricas de mensaje estético.

Cosa parecido suceda con el uruguayo Pedro Figari, el cual comienza a pintar pasada largamente la cuarentena, para devenir uno de los primeros pintores de nuestro tiempo.

El genio —se ha repetido hasta la saciedad, como se repiten las verdades esenciales— es una larga paciencia. O sea, un persistir, un obstinarse en el logro de la expresión, una conquista de la ardua y difícil técnica.

Rafael Sanzio es un adolescente genial. Sus obras pasan por modelos de un clasicismo pictórico suave y delicado, de un lirismo juvenil nimbado por esa poesía que parece nacer de un corazón puro aún en las luces absortas de la adolescencia.

¿Qué habría hecho el mozo de Sanzio de no morir joven?

También se ha preguntado esto con frecuencia y nadie ha dado una respuesta cabal.

Lo cierto es que sus obras crepusculares tienen ya el signo sutil del amaneramiento y de la fórmula que se obstina en repetir lo ya hecho.

Casi todos los grandes pintores que han logrado la ardua senectud (Rembrandt, Velázquez, Tiziano, Poussin) han derivado de un hacer meticuloso y cuidado, de unas formas apretadas y sujetas a los cánones de taller, a una libertad expresiva, menos cuidada y prolija, pero más grandiosa y rica en espíritu.

Si comparamos las telas de esos maestros de la experiencia con las de Rafael, realizadas en la misma etapa de la vida de cada uno de ellos, veremos que en Rembrandt, Velázquez, Tiziano y Poussin el ciclo vital aparecía abierto y como anunciando nuevas conquistas, mientras que en el gran florentino —sin que ello suponga negar la calidad cabal y enteriza de su obra— la curva se cerraba peligrosamente, indicando tal vez que el genio estaba a punto de cumplir su recorrido.

Nos parece esta lección de la historia algo que no debemos olvidar, aun cuando los ejemplos aducidos no supongan similitud de valor, ni cotejos de cosas equivalentes. ¿Qué habría sucedido con Faz? La carrera del joven pintor chileno fué en todo caso una constante aprehensión de formas ajenas. Faz era un receptivo. Tal vez ello indicara un futuro lleno de promesas. Los maestros elegidos en su hacer con seguro instinto fueron siempre maestros que condecían con su propio temperamento y con su sensibilidad.

\* \* \*

Pasó un tanto inadvertida la exposición (Ministerio de Educación) de Guillermo Ulriksen. Celebrada en días más propicios, su obra habría recibido el elogio unánime de la crítica.

Ulriksen es un artista dominado preferentemente por un impulso razonador. Vive en él el primado de la geometría.

Por ello se explica la importancia que en su obra alcanza el dibujo, elemento masculino y abstracto de las artes figurativas.

Anotemos algunos rasgos peculiares que caracterizan su estilo.

Tendencia a lo lineal y al ajuste riguroso del arabesco a la forma.

Eliminación de lo superfluo y reiterativo.

Consecuentemente preferencia por la síntesis expresiva.

Inquietud creadora que le lleva a cambiar de estilo representativo, inclinándose ya al empleo de finos trazos sutiles, nerviosos, llenos de temblores poéticos; ya fuertes y expresivas pinceladas de tinta aguda con las cuales obtiene efectos casi pictóricos.

Escasa unidad estilística por esa persecución de diversas técnicas.

Influencia a veces de los grandes dibujantes barrocos.

Preferencia por el gris y por los tonos apagados.

Y, por último, posposición del instinto a la razón.

Ulriksen lleva a su obra un ansia creciente de dominio técnico.

\* \* \*

Entre las noticias dignas de destacarse figura la del fallecimiento del pintor francés Yves Tanguy.

Pertenecía al grupo surrealista y se formó tardíamente llevado por una fuerte vocación a estímulos de la obra primera de Giorgio de Chirico. Es, si podemos expresarnos así, un surrealista abstracto. Sus formas no evocan mundos conocidos, sino un universo misterioso hecho de presencias fantasmales, de sombras vagas que planean sobre la nada. Es lo amorfo, lo inconsistente, lo vago.

Tanguy es un ser añorante y melancólico de mundos soñados de imposible realidad. Su obra —como se ha señalado— vive en la intuición de una realidad futura.

Dentro del dominio de la tendencia onírica Tanguy es una de las voces más originales y sugerentes.